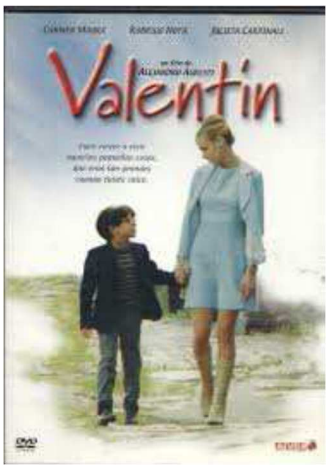
Valentin

Dirección de: Alejandro Agresti

2002 (86')



La ilusión de Valentín es convertirse en astronauta y lograr que su padre le ponga en contacto con su madre.
Nadie puede negar que los años sesenta fueran de gran importancia en la historia de la humanidad. Por entonces, en París los estudiantes proponían la imaginación al poder, el hombre llegaba a la luna, los Beatles hacían bailar a la juventud desenfrenada, y el Che Guevara se internaba en la selva boliviana sin saber que ésa sería su última morada. Y es en esa convulsionada década en la que se planta Alejandro Agresti para contar la historia de Valentín.
Con esta película, el director logra demostrarle al público la evolución que ha experimentado a lo largo de su carrera. Quizás por que los años lo han hecho crecer, pero lo cierto es que las historias que cuenta en la actualidad difieren bastante de las que contaba hace unos años. Así es como, la temática de Valentín, poco tiene que ver con las de guiones anteriores como "La Cruz", "Buenos Aires viceversa" o "Una noche con Sabrina Love" (basada en la novela de Diego Paszkowsky, ganadora del Premio Clarín Novela).
La historia de transcurre en el Buenos Aires de la década del sesenta. Valentín es un niño de ocho años, con una estética y un discurso muy particular, que vive con su abuela española (encarnada excelentemente por Carmen Maura) que a simple vista parece algo cascarrabias, pero a lo largo del film demuestra tener un gran corazón y querer mucho a su desvalido nieto.
La vida de Valentín no es nada fácil. A los cuatro años fue abandonado por su madre, y su padre (personificado por el mismo Agresti) en vez de llenar el vacío que dejó esta ausencia, aparece esporádicamente y acompañado de distintas mujeres, a las que Valentín desaprueba en todo momento haciendo uso de su "derecho de admisión". Pero todo cambiará para Valentín el día que su padre le presenta a una de ellas (Julieta Cardinali) y descubre que ésa es la que mas se asemeja al modelo de madre con la que él siempre soñó.
Así, en un mundo formado netamente por adultos , el pequeño deberá construir un espacio para desarrollar su complicada infancia e intentar ser un niño,

aunque haya crecido de golpe y le hayan robado la inocencia empeñándose en demostrarle que la vida nada tiene que ver con lo que muchos imaginan.
En medio de ese universo, Agresti logra darle a cada personaje una identidad particular que incidirá directamente en el crecimiento prematuro de Valentín. De esa forma y a lo largo del filme desfilan: el vecino bohemio (representado por Mex Urtizberea) quien intenta enseñarle a tocar el piano y con quien filosofa acerca de la amistad, o el tío compinche (Jean Pierre Noher) con quien comparte el amor por el fútbol y quien le habla por primera vez de la redondez de los senos de aquellas que en pleno verano porteño los insinúan bajo sus ropas.
Respecto a las actuaciones, si bien todos los actores desarrollan muy bien sus papeles, es indiscutible que la gran estrella de la película es Rodrigo Noya, ya que logra darle a Valentín un aire de frescura, pocas veces visto en la cinematografía argentina. Con ésta, su primera actuación, ha escrito una línea más en la lista de los niños prodigio de la historia del cine.
La otra actuación que por sí sola merece un paréntesis, es la de Carmen Maura , quien personifica a la abuela insegura y enferma del pequeño, alcanzando un grado de genialidad interpretativa realmente sorprendente. Logra emocionar, enternecer e invita al espectador a que experimente sensaciones de amor y odio a medida que va desarrollando su discurso.
Pero en este film, Agresti no sólo cuenta las desavenencias de Valentín, sino que se vale de la vida de este niño para pasar revista a los hechos más emblemáticos que forjaron la convulsionada etapa de los
sesenta. Se entromete en temas como la política, las mujeres y hasta con la religión, de la cual hace una crítica sobre el binomio catolicismo-judaísmo. El padre de Valentín, como buen hijo de españoles, obviamente es católico, y existen grandes posibilidades de que su novia (Julieta Cardinali) sea judía, y a partir de allí el niño tendrá su primer experiencia con la religión al preguntarse ¿Los judíos son malos y los católicos son buenos? ¿O viceversa?
Muchos aseguran que éste es el trabajo más autobiográfico de Alejandro Agresti, y que el personaje de Valentín bien puede ser el niño que él mismo fue hace tiempo. Si esto fuera así, el film, pese a ser la catarsis de una convulsionada y traumática infancia, logra contar la historia desde la pureza de un niño, sin caer en el sentimentalismo barato o la lágrima fácil.

Vocabulario y expresiones:

Atorrante: adj. despect. Arg. y Ur. vago. Desfachatado, desvergonzado, Vagabundo sin domicilio fijo

Fulero: adj. coloq. Dicho de una persona: Falsa, embustera, o simplemente charlatana y sin seso
Haragán: adj. Que rehuye el trabajo
Hacer pie:
1. loc. verb. En los lagares, preparar el monton de uva o de aceituna que se ha de pisar
2. loc. verb. Tocar el fondo para poder mantener la cabeza fuera del agua
3. loc. verb. Afirmarse o ir con seguridad en un proyecto o intento
4. loc. verb. Pararse o estar de asiento en una parte o lugar

Hacer memoria: loc. verb. Recordar, acordarse
Me estás gastando: "me estas jodiendo" (en Argentina joder significa bromear, burlarse), significa "estas burlandote de mi", "me estas siendo fastidioso, pesado, cargoso"
Mimoso: De mimo - adj. Melindroso, muy aficionado a caricias, regalon
Ni qué ocho cuartos: expr. coloq. para subrayar el desacuerdo con algo, disconformidad que previamente se ha expresado de una forma exclamativa. !Que dieta ni que ocho cuartos!
Pichón, na: Del it. picciōne. afect. coloq. como apelativo para referirse a una persona
Piropo: Del lat. pyrōpus 'aleacion de cobre y oro de color rojo brillante" - Dicho breve con que se pondera alguna cualidad de alguien, especialmente la belleza de una mujer
Porfiado: adj. Dicho de una persona: Terca y obstinada en su dictamen y parecer

El niño que quiso ser astronauta:

Abundan los relatos cinematográficos en los que tiernos y desdichados niños obligados a comportarse prematuramente como adultos utilizan su imaginación y su desbordante vitalidad para intentar enmendar un poco la precariedad económica y afectiva en la que viven. No se trata de una elección temática gratuita, sino de un poderoso y efectivo punto de partida argumental que permite describir el mundo y explicar sus miserias y sinrazones a partir de una lógica narrativa tan ingenua como eficaz y demoledora. En esta línea se inscribe El sueño de Valentín, el último trabajo del realizador argentino Alejandro Agresti (El viento se llevó lo qué, Una noche con Sabrina Love) que obtuvo el Premio del Público en la segunda edición del Festival de Cine de Sevilla.

Con el trasfondo melancólico y confuso del Buenos Aires de finales de la década de los 60, El sueño de Valentín nos acerca al universo sentimental lleno de miedos, deseos y fantasías de un niño solitario de 9 años (interpretado por Rodrigo Noya) que vive con su abuela (encarnada por Carmen Maura) y tiene dos grandes obsesiones: reencontrase con su madre a la que no ve desde hace seis años (o con alguna mujer joven, guapa y rubia que pueda sustituirla) y entrenarse con ahínco para poder llegar a ser de mayor astronauta. Además de su labor como director, Alejandro Agresti es el responsable del guión y forma parte del reparto con un papel breve pero clave en el desarrollo de la trama. Interpreta al agresivo, inmaduro e intolerante padre de Valentín, un personaje que, según el mismo Agresti ha confesado, está inspirado en su propio progenitor.

De metraje relativamente corto (no alcanza los 90 minutos), El sueño de Valentín se puede describir como una amable y tierna película sobre la infancia narrada en clave de comedia agridulce. Un recorrido sentimental, que tiene mucho de exploración autobiográfica, donde se utiliza con inteligencia y saludable sentido del humor un recurso dramático poco convencional: poner expresiones y reflexiones propias de un adulto en boca de un niño. Este recurso, remarcado por una voz en off que va narrando la historia desde un cierto distanciamiento temporal y con un estilo pretendidamente literario, constituye el principal hallazgo de esta modesta y bienintencionada cinta argentina tan entrañable como irregular. En este sentido, se podrían señalar algunas escenas donde Agresti funde comicidad e impulso lírico, como la noche de amistad y confidencias íntimas que Valentín comparte con Rufo, un amigo pianista que vive en su calle, o la secuencia en la que convence a un médico para que vaya a visitar a su abuela en su propia casa. Siguiendo con los aspectos positivos del filme, habría que reseñar la matizada y convincente actuación que lleva a cabo Carmen Maura, derrochando una vez más oficio y personalidad expresiva, así como la soltura y vitalidad que demuestra el jovencísimo Rodrigo Moya, logrando cautivar a los espectadores gracias a su ingenua sonrisa y a su mirada bizca.

Pero más allá de su sencillez y eficacia sentimental, El sueño de Valentín deja una impresión de película inacabada, o, peor aún, de trabajo resuelto de forma precipitada y sin demasiado esmero. Carece de un guión sólido que apuntale los distintos caminos que sugiere, hay demasiados personajes que aparecen y desaparecen de forma caprichosa, y la resolución en la mayor parte de las escenas es tosca y sumamente previsible. Además, el director de

El viento se llevó lo qué no logra dotar de hondura emocional a sus personajes (salvo a Valentín), ni desarrolla algunos aspectos argumentales que hubiesen aportado al film algo más de complejidad dramática y de sutileza narrativa.
Alejandro del Pino
(http://cinestrenos.com/cartelera/critica/elsuenode/elsuenode.htm)

In collaborazione con
In Zusammentarbeit mit